
LOS HEREDEROS[✱]

PEDRO DE UGARTE TAMAYO

Sí me viera mi pobre viejo aquí, paseando por esta playa con Carla y los niños, si pudiera disfrutar un poco de esta felicidad que nos embarga, esta lúcida y tranquila resignación que él no pudo gozar. Estoy seguro de que le hubiera gustado conocer a sus nietos, acariciarlos al sol del mediodía, recorrer esta playa entre sus entusiasmados gritos.

Debo reconocer cierto orgullo por haber sabido construirme esta empalizada de seguridad en medio de la selva, acampar en la paz que acogerá mis últimos días; sólo siento que el viejo jamás pudiera disfrutarla. El murió una triste madrugada, hace ya diez años, pero acaso no supo vivir verdaderamente nunca. Conociendo su historia, no es difícil reprochárselo.

Para Alfredo y para mí, papá siempre fue «el viejo». Lo cual resulta extraordinario si pensamos que en toda nuestra niñez se mantuvo vivo el recuerdo del abuelo, casi hasta hacer de él un personaje real que habitara entre nosotros. Eso, sin embargo, no importaba. En casa, papá sería siempre «el viejo», mucho más que nuestro abuelo, al cual tampoco conocíamos como «el abuelo». El padre del viejo, en nuestra casa, fue ya para siempre «Antonio de Entresotos». Sí, yo soy el nieto de Antonio de Entresotos, el sublime escritor. Para nosotros, acostumbrados a ver desde pequeños su nombre en todas partes, acostumbrados a conceder entrevistas en que debíamos hablar de él, el abuelo se convirtió enseguida en «Antonio de Entresotos», lo que era para los demás. Nosotros nunca le conocimos (murió cuando yo tenía tres años y Alfredo aún no había nacido). El abuelo nunca existió como un anciano achacoso, de mirada blanda, que nos acariciara desde su sillón. Sólo Antonio de Entresotos, el novelista, el pensador, ya saben, y su nombre caía sobre nuestra familia como un alud de honorabilidad que debíamos mantener de forma digna. Su hijo, Ignacio, el pobre viejo, era mi padre.

Ahora pienso en ellos (en Entresotos, en mi viejo) mientras paseo por la playa, y oigo los gritos de Carla porque Tito le está tirando del chubasquero; la niña corre por delante, acuclillándose a cada momento para recoger conchas. No llueve pero el cielo está nublado y el viento de la playa abierta trata sin mucha convicción de derribarnos.

Cuando murió el viejo, Carla, los niños y yo salimos de Madrid. No podíamos vivir con su recuerdo (y con el recuerdo de Antonio de Entresotos, que fue casi lo único que conservó mi viejo hasta el final). Compramos aquí un chalet pequeño, muy cerca de la playa. A Carla le pareció bien. Los niños eran pequeños. Se aclimatarían enseguida. Ahora apenas usamos el jeep para trasladarnos hasta el pueblo. Los niños estudian allí y Carla hace las compras. Nunca vamos a la capital de provincia. Yo voy a Madrid lo estrictamente necesario para los asuntos de las editoriales. Me limito a contemplar el mar durante muchas horas, aprovechar con Carla los últimos años de tersura de nuestros cuerpos, bajar con los niños a la playa, jugar entre las rocas a coger marisco que nunca encontramos.

Mi viejo debió haber venido a un lugar como este, lejos de las editoriales, y de los periodistas, y los decrépitos académicos, y los cargantes redactores de tesis y tesinas. Nunca supe sacudirse aquel moho que le iba cubriendo poco a poco. El viejo nunca pudo ser él mismo, y tuvo que sufrir toda su vida el lento vaciamiento de los que sólo pueden recordar.

Antonio de Entresotos había muerto, como declaró la prensa diaria, en olor de multitudes. Los noticiarios televisivos se hicieron eco del desgraciado óbito. «Académico, poeta, novelista...», comenzaban siempre los resúmenes biográficos de las ineptas locutoras. Afortunadamente hubo otros que, con más justeza, supieron apreciar el verbo del abuelo. «Desaparece una figura señera», «Una gran pérdida para las letras», etc. Hubo medallas, homenajes, reconocimientos póstumos.

Mi viejo era hijo único de Entresotos. Recibió las innumerables condolencias, los abrazos de fraternos colegas del escritor fallecido, el apretón de manos de un ministro. Mi padre, me decía mamá, había llorado durante muchos días. Él siempre quiso al abuelo, y no pudo evitar derrumbarse como un castillo de naipes del día que le faltó para siempre. A veces me lo he imaginado, grande y pesado, con sus mejillas recargadas y su cuerpo flojo, temblequeando todo él entre gemidos. El viejo siempre fue un sentimental y con sus casi cincuenta años, lloró entonces como un niño perdido.

También hubo, como ocurre en estos casos, ediciones agotadas, nuevas ediciones, reimpresiones, muchas reimpressiones. Eso es lo más palpable que Antonio de Entresotos nos dejó a Alfredo y a mí, y en lo que su influencia aún se perpetúa.

Si mi vida está llena de horas distraídas, es gracias a los derechos de las obras de Entresotos. Mi viejo tuvo buenos abogados, acaso lo único en que acertó a lo largo de su vida. San Juan llevaba todos sus asuntos con fidelidad y eficacia. Nunca tuvimos problemas económicos y no los tendremos en mucho tiempo. Faltan infinitud de años hasta que se cancelen los derechos y los libros de un clásico como Entresotos son una garantía. Todo el mundo hispánico lo consume y hay ahora nuevos horizontes. Las traducciones ya se prodigaron en vida del viejo. Hace poco he recibido una respetuosa nota de una editorial japonesa que quiere editar «La cadena y el viento». San Juan debe encargarse del asunto.

Entresotos ya era conocido antes de la guerra. En los cuarenta resultaba casi un clásico en vida. También ejerció el periodismo. Su columna en un periódico conservador de Madrid le aportó un prestigio inmenso. El abuelo, en aquellos años difíciles, se hizo abanderado de la hispanidad cultural, entró en la Academia, viajó por toda América dando conferencias. Sus libros se leían ya en las escuelas.

Mi viejo estudió Filosofía y Letras. Era lo más adecuado. Dicen que quiso seguir los pasos del gran escritor, pero si fue así, debió manejar su pluma con pudor. Nadie sabe de sus intentos literarios. A decir verdad, el viejo no era un apasionado de la literatura. Antonio de Entresotos había donado su extensa biblioteca al pueblo castellano donde había nacido, y la mayoría de los libros que teníamos en casa eran las sucesivas ediciones de su obra que nos enviaban puntualmente las editoriales, y las traducciones a lenguas extranjeras. Al viejo le gustaba enseñarnos las obras de Entresotos en chino, en ruso y en griego; Alfredo y yo nos reíamos pasando aquellas hojas con garabatos que no entendíamos, y el viejo se reía como nosotros con la ingenuidad de un chiquillo.

Mientras Entresotos estuvo vivo, el viejo no se ocupó en nada. Se limitaba a acompañarle en sus desplazamientos al extranjero. Al principio todos sentían curiosidad por el hijo de la celebridad. Pero el viejo debía dar cierta imagen de torpeza, de oscuridad; su conversación, me confesó, hiriente, un escritor contemporáneo, era mediocre, llena de simplezas y generalidades, todo lo contrario al abuelo, que se había destacado siempre por su palabra precisa, por su término ajustado, por su ironía tan sutil, tan difícil de esquivar.

Mi viejo nunca pudo con todo eso. Al morir Antonio de Entresotos, en medio del duelo nacional, mi viejo escribió un artículo en el diario conservador en el que durante tantos años había colaborado el abuelo. En él habló, con llaneza y sentimiento, de su dolor (aunque algunos, que vieron sus lágrimas, dijeron que éstas fueron más bellas) y, un poco intempestivamente, reunió en un párrafo farragoso el listado de todas las obras de Entresotos. El artículo no era bueno, se convino mucho después, pero en aquel momento resultaba relevante: todos lloraban la muerte del genial escritor, y su hijo era el que ahora cantaba su muerte a doble columna. Con sentimiento inflamado, todos creyeron haber leído un texto delicado, repleto de sencilla belleza.

La dirección del diario, conmovida (aseguran que el viejo acudió a la redacción con su artículo en la mano, al día siguiente de la muerte del autor y lloró en el despacho del director) le concedió una columna, más pequeña que la de Antonio de Entresotos y en un lugar más discreto. En realidad el viejo nunca aceptó. Se fue del periódico llorando, como había venido, y todos interpretaron eso como un sí.

El viejo preparó unos cuantos artículos. En la firma, los típoграфos destacaban el apellido Entresotos (que a mí, no se por qué siempre me pareció que no podía pertenecerle) y sus líneas fueron seguidas con interés. El viejo sin embargo no servía para eso. Su vida, que hasta entonces había sido de una ociosa placidez, se tiñó, por unos días, de desasosiego. Pasaba a veces largas horas ante la máquina pensando qué escribir. No tenía la vasta cultura del abuelo, no conocía apenas el mundo social y político, no dominaba los delicados resortes que habían hecho de aquél el comentarista predilecto de los caballeros conservadores, los empresarios, los influyentes lectores del diario. Pronto se vió que los artículos del viejo no podían compararse con los de Antonio de Entresotos. «Este chico no vale lo que su padre», se oía decir, como si nadie supiera que mi viejo era ya un cincuentón abotargado, calvo y de mirada triste, y que gustaba echar la siesta durante un par de horas tras las comidas.

A las dos semanas se produjo lo inevitable. El viejo había pasado la madrugada ante su máquina, golpeteando con las uñas un papel en blanco que no podía llenar. Mamá me llevaba café y le acariciaba con sus expertas manos los hombros y la espalda.

En nuestro cuarto, yo, aún muy niño, estaba intranquilo. Mamá entró a verme. «Tranquilo», me dijo tras un beso en la frente, «papá está trabajando». Y yo me llené de orgullo porque siempre había visto a mi viejo frente al televisor, haciendo crucigramas o leyendo revistas o durmiendo.

Al día siguiente apareció, supe después, un lamentable artículo sobre palomas, actividad que el viejo sólo conocía de oídas, por un vecino que se dedicaba a su cría. Había escrito cuatro simplezas sacadas de una enciclopedia. Aún guardo, con morbosidad, aquel artículo que a veces releo: «Hoy vamos a hablar», comienza, «de unos curiosos animales»...

El viejo recibió un talón del periódico, sostuvo una larga conversación con el director, estaban siempre a su disposición, dijeron, apreciaban su esfuerzo, dijeron, aquella era su casa, también dijeron. Dijeron que era preciso que no escribiese más.

Alfredo nació al poco de la muerte de Entresoto. Dicen que el viejo, siempre con sus sentimientos a flor de piel, se conmovió contemplando al crío que parecía haber heredado sus lángidos ojos azules.

Nuestra vida iba transcurriendo tranquila. El viejo a veces era requerido por la prensa, por una universidad, y él declamaba enseguida las cuatro generalidades sobre la obra de Entresotos que sabía de memoria y que debían ser su mayor orgullo, pues las decía en cualquier sitio, una vez tras otra, sin comprender que sus declaraciones, tan monótonas, resultaban ya decepcionantes.

Si había que viajar, pedía una módica dieta (nunca fue un hombre ambicioso). De los países más extraños nos traía chucherías ridículas que hubiéramos podido comprar en el kiosko de la esquina. Pobre viejo, era tan bueno que no había en él lugar para el menor talento.

Los ingresos por los derechos de autor eran considerables. Alfredo y yo crecimos. Ambos acudimos a la facultad de letras. Alfredo tomó gran interés por la literatura. Al viejo le parecía bien. Yo, en una especie de secreta disidencia, preferí la filosofía.

Un solo hecho de mala voluntad hubo en la vida de mi padre. Entre los innumerables papeles que había dejado Antonio de Entresotos (y que, ordenados por investigadores de confianza, nosotros apenas tocábamos) descubrió el viejo por casualidad una última voluntad manuscrita. En ella tan sólo se nos rogaba que no diéramos a la luz su correspondencia. Una sucia codicia nos asaltó entonces de repente. El viejo destruyó por su cuenta el papel; pero nosotros tampoco protestamos. Fue Alfredo el que se encargó de seleccionar lo más interesante del vasto epistolario. Y yo me sentí como un carroñero que para sobrevivir estaba devorando el alma de un muerto.

San Juan consiguió un buen contrato. Salieron tres tomos: la correspondencia de Antonio de Entresotos con Unamuno era el primero. Otro, más fragmentario, con García Lorca, que reunía algunos interesantes datos políticos e históricos. Otro con diversos escritores exiliados tras la guerra.

Devorados por la codicia, publicamos recopilaciones de artículos, aforismos, páginas perdidas que rescatábamos con avidez. El viejo debió sentirse un miserable. Aquellas publicaciones que violaban la voluntad de su padre le dolían. Pero se sabía blando, olvidadizo; no había en él el menor rastro de orgullo. Seguía durmiéndose tras las comidas en su sillón, y devoraba a las noches los seriales televisivos.

Por aquel entonces yo tuve la fortuna de conocer a Carla, enderezarme, respirar un aire nuevo.

Alfredo y yo—era inevitable—hicimos nuestras pequeñas intenciones literarias. Pero a mí se me hacía imposible escribir cada vez que miraba el rostro del abuelo (que no era el rostro del abuelo, era Antonio de Entresotos) en el comedor de nuestra casa. Era una asfixia remota que subía desde la profundidad del pecho. Acabé abandonándome a la reflexión, a la reflexión que ocupó tantos años de mi vida: convencerme de que no era preciso escribir para sentirme hombre.

Alfredo perseveraba. En los círculos universitarios observé que utilizaba nuestro apellido con cierta perversidad. Publicaba cuentos en revistas marginales; *«porque no quería utilizar nuestro apellido ante las editoriales»*, decía. Además se jactaba de tener un estilo en nada influenciado por Antonio de Entresotos, al que consideraba, por otra parte, francamente trasnochado. Yo a veces tomaba sus relatos y leía difusas amalgamas, tal que *«permítame que le dijistes que lo chamo no habían pasado por la vereda en que entre la guayaba y el chiuire y dijo entonces «escogé la má angosta»*. Y a veces nos enfadábamos porque me preguntaba mi opinión y yo contestaba que no, que no todo era eso de que si *«el coronel García y que si el sargento Castro, y dijo Rosas que Oribe había traído a Juárez, y que si vó sabés Carlyle y la prosa de Stevenson.»* Pero él insistía tratando de convencerme con prolifas explicaciones de lo que no podía convencer con la pluma. Yo repetía que basta de que si *«macanas, boludo y del ahorita no más, y del sonso, y que si unitarios o federales»*.

Hasta que un día, Alfredo explotó y me llamó fracasado, y me llamó resentido, y dijo que yo era como el viejo, una escoria que jamás llegaría a nada, un parásito ablandado en el tedio de no hacer nada, un inútil cuyo nombre, ante el esplendor que él iba a ganarse, quedaría oscurecido para siempre.

Ahora, los días en la playa son pacíficos y tranquilos. Paseo, me dilato con una caña entre las rocas. Carla, que lee más que yo, a veces me sugiere que escriba un poco. Yo no me siento capaz de sentarme ante un papel en blanco y esperar.

Quizá Alfredo tuviera razón, quizá yo sea en el fondo como el viejo. El al menos lo supo siempre, vivió en la desidia de los que tienen las necesidades resueltas, pobre viejo, qué miserable fue. Yo sin embargo me obstino en mi felicidad. Contemplo a Tito, su pelo agitado por el viento, la arena sobre sus botas, a Marta, que sigue recogiendo conchas y tararea canciones de la radio, y trato de explicarme todo esto, entender que debo vivir de la inmensidad de Antonio de Entresotos, comprando con su talento la leche que bebemos, el jeep, el colegio de los niños.

Alfredo sigue en la capital. Pasea su excentricidad estrepitosa por un Madrid lleno de necios poetastros. Yo sólo quiero vivir aquí, muy lejos, viendo crecer a los pequeños, amando a Carla en lo posible, lo posible en alguien que ha nacido para no ser nada. A veces acaricio la esperanza de que Tito tome un día algunos libros, que los pasee obsesivo por la playa, que los recorra en el silencio de su cuarto. Al viejo también le hubiera gustado. Yo deseo intensamente que eso ocurra, que Tito sea como Antonio de Entresotos, que empiece a urdir cosas que ni el viejo ni yo podríamos imaginar, que alguien lea con aprobación sus páginas, que tenga la habilidad con la palabra que a mí se me ha negado, que eso justifique su vida para siempre, que se apague la mía poco a poco.

* Primer premio, en castellano, del Concurso de Cuentos «Villa de Rentería», 1987, organizado por la Sociedad Ereintza.